

LOS DESAFIOS DEL LIBRO Y DE LA EMPRESA EDITORIAL

La entidad física del libro encuentra su justificación directa en el contenido. Sin embargo, la presentación material ha tenido siempre una notable importancia hasta dar lugar a una disciplina que se conoce con el nombre de Historia del Libro. La consideración física del volumen impreso y de su contextura ha adquirido modernamente mayor importancia no solamente por la competencia de otros vehículos de expresión, sino también porque alguno de ellos le llega a imitar en su forma física. De ahí se desprende la conveniencia de cuidar con esmero la producción tipográfica en cuanto a su materialidad y presentación.

LA DIFERENCIA DEL LIBRO SOBRE OTROS MEDIOS

Entre la entidad física del libro y su contenido formal existe una vinculación más estrecha de la que existe en los demás medios de comunicación. Toda expresión necesita un soporte. En los medios instantáneos de comunicación el soporte es de tránsito. En los no instantáneos, el mensaje queda registrado en un soporte fijo, pero sólo se manifiesta a nuestros sentidos, reflejado más o menos instantáneamente, en un elemento diferente que puede consistir en un receptor convencional ó de pantalla. En la palabra impresa, en cambio, el mensaje está también fijo, pero es ofrecido directamente en el soporte.

El libro, entonces, labora con la apreciable ventaja de presentar directamente el contenido, de constituir mensaje por sí mismo, sin ulteriores complicaciones electrónicas, sin necesidad de tomas de energía eléctrica, ni cables, ni aparatos, ni pilas. De esta suerte, el libro se constituye en el instrumento de comunicación más manuable y sencillo de manejar, dispuesto siempre a descubrir su secreto con la simple apertura de sus hojas silenciosamente.

Esta circunstancia, de por sí, parece que obliga a prestar un tratamiento cuidadoso a la confección del libro tanto en su parte externa co-

mo en el texto. A diferencia de los demás medios de comunicación, el libro no solo enseña el mensaje, sino también su propia arquitectura.

Es posible que sea ésta la condición por la que el libro se constituye en un objeto peculiar por el que se siente un sentimiento especial de posesión que no se siente por los sofisticados objetos electrónicos. Sin llegar a los casos de apasionamiento conocidos todos los hombres cultos tienen algo de bibliófilos, es decir, de amantes del libro.

LA CAPACIDAD DEL LIBRO

El libro ostenta a lo largo de su historia unas propiedades de disponibilidad para expresar y registrar las creaciones intelectuales del proceso cultural humano y para adaptarse a las diversas corrientes culturales y artísticas. El soporte impreso ha constituido, igualmente, el legado de transmisión de la riqueza intelectual de unas generaciones a otras.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el noble género librario se haya limitado a recoger y transmitir mensajes de alta expresión intelectual. Al contrario, ha servido de vehículo de transmisión de saberes eminentemente populares, surgidos en el seno de la masa social, y ha consolidado incluso el contenido, a veces ingenuo, de la cultura oral.

Hay que reconocer que, fuera de las artes plásticas, el volumen escrito o impreso ha sido el único vehículo de expresión intelectual y que por ello la sensibilidad creativa del hombre ha estado limitada por unos cauces concretos de comunicación. Ahora, el nacimiento de una amplia gama de nuevos registros de comunicación ha abierto y ampliado el horizonte creativo humano. Pero esto no puede ser motivo para engendrar una especie de complejo de inferioridad que, a veces, se siente adivinar en el mundo de la edición.

Por una parte, y en contra de lo que frecuentemente se afirma, la expresión escrita no puede estar en desacuerdo con la naturaleza intelectual del hombre cuando en tantos siglos de práctica no ha engendrado ningún rechazo, sino, al contrario, ha armonizado la cultura y la civilización humanas. Por eso, dentro de una expresión multiforme e intensa, el libro no puede ser relegado en el futuro como un objeto arqueológico de museo, sino que constituirá un instrumento vivo de comunicación e irrenunciable en muchos de los campos de la ciencia y de la cultura.

Por otra parte, el libro tiene probada a lo largo de milenios una flexibilidad para adaptarse a los diferentes estilos del arte y de la vida social y cultural imperantes. Una flexibilidad también para acoger los más variados contenidos del saber humano y adaptarlos a la mentalidad y exigencias del hombre contemporáneo. Las magníficas ediciones de Estrabón, verdaderos alardes tipográficos con frecuencia, poco tienen que ver en cuanto a la presentación con los modernos libros de geografía.

UN RETO A LOS EDITORES

Estas premisas plantean a los impresores y editores un reto en una doble vertiente: Por un lado, el desafío de que el impreso siga siendo en adelante el fiel notario de la realidad cultural del momento, como lo ha sido en los tiempos pasados, y por el otro, la necesidad de insertar la producción tipográfica en un mercado con fuerte competencia en el campo de la comunicación con predominio de la oferta audiovisual.

La creación visual se constriñó en épocas antiguas principalmente al arte de la pintura y del grabado. La edición impresa se esforzó en ilustrar las obras que necesitaban el complemento visual con las técnicas más adecuadas que se iniciaron con el grabado en madera.

La técnica de la ilustración impresa ha alcanzado últimamente una perfección notable, de suerte que su fidelidad es mayor que en la imagen magnetoscópica. Y ciertamente son muchas las obras artísticas y naturales que han de ser reproducidas en imagen fija. Por lo tanto, la ilustración no es un terreno que, sin más, haya que abandonar a los medios audiovisuales.

Pero la perfección tipográfica no está supeditada siempre a la combinación de las ilustraciones con el texto. Solamente con la arquitectura de la impresión cabe obtener una obra gráfica bella y atractiva, a lo que se puede añadir una encuadernación adecuada, no necesariamente lujosa, o en su defecto, unas tapas graciosas.

Aunque después volvamos a insistir con más detalle en el tema, hay que adelantar aquí para confirmar las posibilidades de la técnica de la impresión, que no se trata de establecer un paralelismo competitivo, como alguna vez se ha dicho, entre un sistema inventado en el siglo XV y otros que han surgido en el siglo XX. Si bien la imprenta nació hace más de medio milenio, su tecnología se ha ido actualizando constantemente hasta el punto que poco tiene que ver, si algo, con el procedimiento inventado por Gutenberg, a no ser en el resultado que se mantiene igual. Con los avances obtenidos en el sector, sobre todo en los últimos años, cabe afirmar que la acción operativa de la imprenta es tan nueva como la de cualquier otro medio de comunicación de reciente introducción.

EL LIBRO DEL AÑO 2000

La capacidad del libro como receptáculo y transmisor de cualquier mensaje producido por el entendimiento del hombre hasta tiempos recientes y su flexibilidad para adaptarse a las exigencias y gustos de cada momento debe obtener una traducción tipográfica apropiada a la nueva realidad social del tiempo presente e inmediato futuro.

Está claro que las nuevas tecnologías de la comunicación han ensanchado el campo de la creación intelectual y artística del hombre. El poder creador del ser humano estaba antes limitado principalmente a la obra impresa, pero ahora tiene a su alcance nuevas formas de expresión

en lo audiovisual e informático. Se ha originado, por lo tanto, un mundo de múltiples tecnologías expresivas en el que, precisamente por su multiplicidad, y por una experiencia secular que le avala, la palabra impresa debe encontrar un lugar digno.

Para conseguir este efecto, el libro del año 2000 tendrá que subrayar lógicamente ciertas diferencias sobre el actual, como éste difiere de la producción tipográfica de las diversas épocas pasadas en las que predominaban otras corrientes y otros gustos culturales. El arte es cambiante como la vida misma y en estos momentos estamos inmersos en un verdadero torbellino crucial. No obstante, el cambio se produce siempre en medio de combinaciones diferentes de unos elementos estéticos perennes.

El libro discurre igualmente dentro de unos arquetipos limitados por su naturaleza, más limitados seguramente en cuanto a los elementos materiales que las creaciones estéticas puras, pero no más que las rígidas formas de muchos de los nuevos instrumentos de comunicación. De esta suerte, una sensibilidad despierta debe lograr que la producción tipográfica obtenga unos efectos apropiados para una presentación digna y aceptable para los consumidores de una información múltiple.

En algunos países, como el Canadá, se comienza a hablar de la nueva generación de tecnólogos gráficos con referencia a las innovaciones que, en las artes gráficas, están introduciendo los jóvenes profesionales con tendencia a crear escuela. España, cuya rica tradición tipográfica avalan figuras eximias, como Joaquín Ibarra y otros muchos, está sorteando con más o menos dificultades la grave crisis general actual y está recibiendo encargos de editores extranjeros, tanto de Europa como de otros continentes, que imprimen aquí sus obras. Se añade a ello que la exportación de libros españoles ha alcanzado un meritorio tercer puesto en las partidas de productos manufacturados. Todo lo cual parece significar que nuestro país está tecnológicamente preparado para enfrentarse al reto que presentan los nuevos tiempos a la obra impresa.

No obstante, ya no tiene actualidad aquel viejo refrán español de que el buen paño en el arca se vende. No basta crear un buen producto si no se sabe comercializarlo luego. Las razones por las que en España se lee poco son de diversa naturaleza, pero está demostrado que determinadas obras han obtenido por su buena comercialización un éxito que realmente no lo merecían muchas veces. Es importante realizar estudios de mercado antes de lanzar un producto y es necesario también tener informados a los libreros de las existencias disponibles. No es ya utópico el empleo de los sistemas informatizados para ambos menesteres.

EL DESAFÍO TECNOLÓGICO

La revolución tecnológica ha conmovido los sistemas de comunicación. La palabra impresa no puede, ahora menos que nunca, volver las espaldas a este fenómeno. Hasta el siglo XIX los procedimientos de

impresión quedaron prácticamente estancados, pero la invención de la prensa mecánica y posteriormente de la linotipia constituyeron la primera revolución tecnológica en el campo de la impresión. Respecto a la estampación, el pasado siglo se volvió en cierto modo a los orígenes con la renovación del grabado en madera, pero luego se implantó la litografía y más tarde la técnica de las corrosiones fotográficas que, en versión de la autotipia, ha llegado hasta nuestros días.

La segunda revolución se produjo en este siglo con la implantación del huecograbado y, sobre todo, del *offset*, cuyos inicios fueron vividos hacia los años cuarenta por muchos profesionales del ramo todavía en activo. A estas dos técnicas se pudo acoplar satisfactoriamente la rotativa, que utiliza la bobina de papel continuo, y se logró la estampación en ambas caras incluso en color.

Este breve panorama ha sido recordado con la intención de mitigar el estupor que afecta a muchos profesionales ante las innovaciones tecnológicas continuas, y casi radicales, de los últimos años. El problema es semejante al de aquel periodista francés que repetía: «No sabemos donde vamos, pero vamos». Vamos, además, a velocidades de vértigo y por caminos desconcertantes. Las innovaciones tecnológicas se tapan unas a otras con increíble rapidez hasta el punto que en las artes gráficas se ha implantado ya un nuevo lenguaje profesional.

La inmensa mayoría de las ediciones españolas, quizás hasta un 90 por 100, se realizan por el sistema de la fotocomposición. En este sentido, nuestros impresores y editores se habían enfrentado con coraje al desafío tecnológico, colocándose entre los países de vanguardia mundial, por delante incluso de los Estados Unidos y de Rusia. En este último país, por ejemplo, la mitad de la producción es todavía tipográfica y en un 90 por 100 en la India, la cual no solamente posee la bomba atómica, sino importantes redes distribuidoras de información científica.

Pero han llegado las máquinas que actúan por rayos láser y por electrodos de escritura. Han llegado las máquinas «Comando» que absorben papel continuo por un extremo y expulsan el libro impreso y encuadernado por el otro, pasando por dos circuitos para imprimir por sendas caras, por otro para el cortado y por otro para el plegado. Han llegado... llegarán...

Los procesadores de textos han barrido las linotipias de los talleres de artes gráficas y gráciles y mucho más rápidas estenógrafas han sustituido a los linotipistas que eran los reyes del ramo profesional. Dichas máquinas, además de ofrecer una alta calidad de escritura, permiten la corrección sobre la marcha y facilitan la elección automática de formato.

Los editores de texto, a su vez, posibilitan el control a nivel de caracteres, de líneas y de pantalla. Mide el número de caracteres por línea, de líneas por página y ajustan el texto atendiendo los márgenes y los diversos tipos de blancos. Parten automáticamente las palabras y numeran las páginas. Pueden también producir la generación informática de índices a los niveles deseados. Hay programas que, utilizando técnicas de

comprensión para disminuir el consumo de almacenamiento, incluyen un diccionario que detecta y corrige los errores ortográficos e incluso se ensaya la corrección del estilo del autor.

Los diversos tipos de impresión por rayos láser empujan con fuerza en el mercado. Su secreto, aparentemente simple, consiste en controlar la luz y emitir ordenadamente los haces luminosos. La emisión se origina en un láser que produce los rayos de luz dirigidos a un tambor a través de un modulador y un deflector, de modo semejante a las máquinas reprográficas, pero barriendo por líneas. El tipo que normalmente se oferta hoy en el mercado es el del espejo poligonal, pero existe también el de reflexión óptica y el de galvanómetro. Sin embargo, se piensa que el procedimiento por ologramas, actualmente en fase de desarrollo, va a ofrecer mejor respuesta por su capacidad técnica, velocidad y precio.

Un importante avance en la estampación de láminas ha consistido en la aplicación del ojo electrónico del *scanner* para la selección cromática y control de la pureza y fidelidad de los colores, cuyo origen es bien curioso. La casa EMI, con las ganancias producidas por los discos de los Beatles, creó un fondo de investigación médica que llevó a descubrir la técnica conocida por TAC (Tomografía axial computarizada) y a ganar el premio Nobel a sus descubridores. Este procedimiento electrónico de prospección radiológica suplantó al de introducir aire o sustancias extrañas en el cerebro para realizar diagnósticos, lo cual implicaba un serio peligro de muerte o de secuelas como la cefalea. Más tarde se ideó otro tipo de *scanner* para la exploración del cuerpo entero y posteriormente se aplicó a diversos campos industriales y, entre ellos, a las artes gráficas.

La encuadernación tampoco ha quedado al margen de los progresos tecnológicos, principalmente en la automatización de ciertas labores como marcajes, contadores de pliegos, etc., que requieren nuevas inversiones y originan también problemas sociolaborales.

Existen más o menos en proceso avanzado de ejecución otras nuevas técnicas, como el de la impresión por chorro de tinta, que demuestran la inquietud y movilidad tecnológica del ramo y que vienen a provocar una especie de desconcierto que embarga al sector, obligado a enfrentarse con problemas de readaptación profesional, necesidad de nuevas inversiones en un panorama tecnológicamente en evolución constante, etc.

A este último respecto, late en la conciencia de los profesionales la ruina de algunas empresas que, cuando se introdujo el *offset*, adquirieron maquinarias poderosas con grandes inversiones que luego quedaron infrautilizadas. En este sentido, la modestia bastante general de la tirada editorial española constituye una llamada a la prudencia. Otro aspecto, también muy importante, a tener en cuenta es que no siempre las máquinas más grandes y costosas producen las mejores ediciones. Y en el futuro será necesario cuidar con máximo esmero la producción tipográfica, lo cual yo no he advertido en las ediciones extranjeras realizadas por el sistema «Comando», destinadas seguramente a inundar el mercado con libros baratos.

El sector de las artes gráficas se halla muy disperso en España. De las 7.500 empresas existentes en 1982, sólo siete superaban el número de quinientos empleados. Por ello no se puede pensar en respuestas individuales al conjunto del reto tecnológico de abanico tan amplio. Por otra parte, la tendencia mundial camina hacia las unidades reducidas con división de trabajo y participación incluso de diferentes países. En vista de ello, una buena estrategia consistiría en alguna forma de inteligencia entre las empresas del sector para evitar competir en los campos más especializados y de mayores exigencias técnicas con fuerte inversión financiera.

La composición y la impresión a niveles normales no envuelve quizás problemas insuperables, pero se hace necesario evitar la competencia a niveles de exquisitez tipográfica en un mercado reducido. Las mismas consideraciones tienen validez para los sofisticados medios actuales de los sistemas de fotocomposición y del color.

Yo no entiendo de reconversiones industriales, pero el sector de las artes gráficas necesita quizás una remodelación importante en su conjunto. Mi interés por el sector se centra exclusivamente en su función cultural. Las artes gráficas han sido calificadas repetidas veces por la Unesco como industria esencial para el desarrollo. En nuestro caso, además, tienen una proyección externa considerable, pues este sector nos proporciona un rango de potencia mundial de primera fila. Exportar coches u otros productos manufacturados debe de ser necesario para la economía del país, pero exportar libros es, aparte de la economía, difundir nuestra lengua y nuestro pensamiento.

LÍMITES ECOLÓGICOS DEL CRECIMIENTO

A pesar de la competencia de las nuevas tecnologías de la comunicación, las publicaciones impresas han seguido en los últimos cuarenta años un proceso constante de crecimiento. Sin embargo, hay que reconocer que este proceso de crecimiento no puede ser indefinido, a no ser que se llegara a solucionar el problema que se cierne sobre las materias primas con algún descubrimiento en el campo de la química.

El problema más importante parece ser que se cifra en el papel, cuya ingente producción y consumo llega a límites difícilmente superables, lo cual se pone de relieve con la confrontación de las altas cifras del comercio internacional. De las materias utilizadas en la fabricación de papel; del papel confeccionado y sus aplicaciones, España importó en el año 1981 la cantidad de 929.403 toneladas métricas por valor de 42 mil millones de pesetas. En el mismo año exportó 666.645 toneladas por importe de 59 mil millones de pesetas. De las cantidades exportadas en el referido año, los artículos de librería y productos de las artes gráficas supusieron respectivamente 93.137 toneladas y 31 mil millones de pesetas. De estas cifras se desprende que las importaciones son en su mayor parte en bruto y se exportan productos manufacturados, entre los cuales los libros ocupan un destacado lugar.

No obstante, de estas ingentes cantidades de papel, la parte dedicada a libros no es la más importante. En el referido año de 1981, en España se realizaron 29.000 ediciones de libros. A una tirada media de nueve mil ejemplares por edición —en 1979 fue de 9.155— y un peso de cuatro unidades por kilo se requerirían sólo 65.000 toneladas de papel. El resto se dedica a otros menesteres, entre los que por su mayor nobleza hay que mencionar la prensa y las publicaciones periódicas.

El problema del espacio tampoco puede dejarse de lado. La conservación de un solo ejemplar por cada una de esas 29.000 ediciones cubriría aproximadamente kilómetro y medio de estanterías en un año. La Biblioteca Nacional tiene el compromiso moral de conservar todos esos ejemplares, pero las demás deben hacer una selección, si son generales, o fijar el esfuerzo en materias concretas, si son especializadas. Pero aun la primera se vería bastante desahogada si se llegara a crear otra gran biblioteca de las ciencias con una selección internacional de libros y un amplio catálogo de revistas científicas que frecuentemente no son accesibles a los trabajadores españoles de la ciencia.

Muchas de estas consideraciones inducen a creer que la producción tipográfica no puede seguir indefinidamente un crecimiento progresivo. Por lo tanto hubiera sido incapaz de acoger la inmensa avalancha de información que aseguran va a caracterizar a la sociedad postindustrial. De ahí que, incluso desde una perspectiva tipográfica, haya que dar la bienvenida a las nuevas tecnologías de la comunicación, pero de ahí también que, sin ningún complejo de inferioridad, haya que luchar desde la misma perspectiva a fin de que la palabra impresa se revista la calidad en el contenido y calidad en la presentación y elaboración tecnológica del producto. De esta forma no cabe duda de que el libro ocupará en el futuro un lugar digno en el mundo tremendamente competitivo de la comunicación.

NORMALIZACIÓN Y FORMATO

Una de las razones por las que se han confeccionado las normas internacionales sobre el formato de los impresos se cifra en el mejor aprovechamiento del papel y consiguiente reducción de costos. La normalización incide también en la simplificación y racionalización del trabajo y la adecuación de todo el material y la maquinaria de impresión y encuadernación. Para los lectores, librerías y bibliotecas ocasiona el mejor aprovechamiento del espacio con unas baldas cuya altura queda así regulada indirectamente. Finalmente, cabe pensar en las ventajas que se originan para el embalaje y transporte de la mercancía por el hecho de establecer unos tamaños uniformes.

Aunque las normas no tienen generalmente carácter vinculante, el mundo se rige hoy por ellas. No obstante, se advierte bastante lentitud en la introducción de las mismas en el mundo de la edición, especialmente de libros. *La International Organization for Standardization (ISO)*, cuyas normas se aplican en España con el nombre de UNE (Una norma

española), ha deducido el formato de los libros en función del tamaño de los pliegos del papel que ha dividido en tres series A, B y C. La serie A, que es la destinada a utilizar normalmente en la impresión bibliográfica, tiene una superficie base de un metro cuadrado con los lados de 841×1.189 mm y se le designa con la sigla AO. Los submúltiplos se obtienen dividiendo el formato inmediatamente superior por la mitad del lado más largo y se le designa añadiendo el número siguiente a la vocal que indica la serie. Así A1 tendrá 594×841 mm. y A2 420×594 .

Las normas consagran a los libros los cinco formatos siguientes:

A4 = 210×297 mm.

A5 = 148×210 mm.

A6 = 105×148 mm.

A7 = 74×105 mm.

A8 = 52×74 mm.

Estos cinco formatos facilitan una amplia posibilidad de elegir el tamaño adecuado y en ningún modo coartan la elección del mismo. En efecto, la inmensa mayoría de las obras que se imprimen actualmente se encierran en un abanico que se extiende de los 11 a los 31 centímetros, pero los tamaños más frecuentes rondan los 20 centímetros con un margen hacia arriba o hacia abajo de dos o tres centímetros. No parece haber razones tipográficas ni estéticas para reducirlos a los 21 centímetros de las normas y los demás tamaños a 297, 148, 105 ó 74 milímetros.

La elección del formato depende fundamentalmente de tres factores. El primero se cifra en el contenido, que se relaciona estrechamente con el destino del libro. No es lo mismo un libro de consulta general o profesional y otro de evasión. Las enciclopedias, los grandes tratados científicos, las colecciones de fuentes jurídicas, etc., se consultan sobre la mesa del despacho, mientras una novela o un libro de poesía tiene una máxima movilidad.

Otro factor, de relativa importancia, es la extensión del texto. Como en sanidad, conviene huir de la gordura y de la flaqueza. La adición de ilustraciones constituye el tercer factor para considerar el formato. No resulta estético un grabado que ocupe la mayor parte de la página. Pero siempre se puede optar por convertirlo en lámina, a página entera. El recurso de doblar las láminas debe reducirse a casos de necesidad, pues esta clase de obras suelen ser de uso duradero y con el tiempo se rasgan por la doblez. En cualquier caso deben quedar unos milímetros dentro del canto para evitar su corte ante la eventualidad de una encuadernación posterior.

EL LIBRO COMO VALOR ESTÉTICO

De todos los medios de comunicación, el libro es seguramente el único que produce una fruición al tenerlo en las manos. Aunque su finalidad no sea primordialmente estética, sino práctica, el libro se desnuda ante el lector y enseña todas sus vísceras. Su función mensajera, por lo

tanto, resulta más atrayente cuanto mejor presentación tenga. Hay que partir, por supuesto, de unos presupuestos básicos de eficiencia de presentación del contenido, que propicie la lectura y el manejo, la economía en la producción y la durabilidad en el uso y conservación.

Todas estas virtudes físicas conspiran en buena medida a favor del aspecto artístico del libro, pues las mismas no se pueden obtener sin poner en juego las reglas del buen hacer en un campo que propende naturalmente al arte.

Algunos comparan a la tipografía con la arquitectura, pues debe conjugar la proporcionalidad del conjunto con variados elementos decorativos. Otros la parangonan con el arte de la pintura, ya que la disposición tipográfica está sometida a las mismas leyes que rigen la composición de un tema que se elabora sobre dos dimensiones. En realidad, ella participa de los elementos estéticos de estas dos artes e incluso de alguna más. En este sentido, como aglutinante de variadas connotaciones estéticas, las artes gráficas admiten comparación con la cinematografía, la cual, cuando menos en el aspecto cronológico, se apropia injustamente el calificativo de séptimo arte.

La necesidad de fomentar el aspecto artístico del libro se halla introducida en la conciencia social de numerosos países, en los que, por esta causa, se han introducido diversos premios y galardones a las mejores ediciones. Con ellos los organismos oficiales no persiguen distinguir alardes tipográficos en obras dirigidas a bibliófilos, sino de lograr que las ediciones comerciales alcancen el nivel de dignidad estética que las artes tipográficas deben propugnar y ofrecer a los lectores el producto que ellos merecen.

La historia del libro viene a ser una sucesión de realizaciones artísticas, jalonada de nombres ilustres de este arte de la impresión. Todos los pueblos cultos cuentan entre sus glorias nacionales un conjunto de nombres ilustres en el campo de las artes gráficas. Se trata indudablemente de un arte, quizás menor, pero universal. Universal en el espacio, pero también universal en el tiempo, pues como tal arte trasciende, aunque incorporándolos a su paso a causa de su flexibilidad, las distintas corrientes y estilos artísticos. Y por ser un arte universal se halla abocado a constituir una realidad perenne a poco que los hombres seamos conscientes de la conservación de los valores que nos atañen.

●PALABRA IMPRESA, PALABRA PERENNE

Pero el futuro del arte impresorio no debe ser planteado en unos términos de pura subsistencia y menos de simple predominio, sino de dignidad. Dentro de una sociedad de expresión tecnológicamente plural, la palabra impresa debe estar presente en el conjunto de los medios de expresión como un vehículo esencial de la creación cultural y científica de la sociedad moderna.

Por supuesto, existen determinados contenidos de la comunicación que se reflejan con más inmediatez en algunos medios y con más pro-

piedad en la imagen no tanto estática como en movimiento. No obstante se puede asegurar que son pocas las materias, y ninguna que requiera un conocimiento reposado y sistemático, que puedan desvincularse absolutamente de la palabra impresa.

Los grandes tratados científicos que requieren detenida reflexión, las altas formulaciones de la matemática, con la posibilidad de retrotraer la vista o adelantarla y, en general, el pensamiento puro, nunca podrán encontrar mejor acomodo para el estudioso que las páginas impresas. Por poner un ejemplo significativo, la obra de Zubiri *Inteligencia y Logos* jamás podrá ser traducida a imágenes ni a otro medio de expresión, ni percibida por otros sentidos o facultades que no sean las racionales.

Aproximadamente el 40 por 100 de las obras impresas están relacionadas con la literatura. Es ésta una de las bellas artes clásicas, arte universal en el tiempo y en el espacio, y por lo tanto también arte perenne. Su relación con la escritura es esencial, como lo demuestra su propia etimología, y aun más estrecha que nunca, si cabe, al haberse transformado en gráfica la poesía moderna.

La poesía, por supuesto, no es vertible a ningún otro sistema de comunicación, pero tampoco lo son el ensayo o la novela. Cuando se traslada al cine una novela, ésta se convierte primero en otro género en forma de guión y después de la realización deja de ser literatura para situarse en otra esfera cultural o artística. El cambio de forma de expresión, por otra parte, degrada el género original bien porque es imposible una traducción fiel o bien porque, si se quiere mantener la fidelidad, el producto resultante es insatisfactorio. Las repetidas veces que, por ejemplo, se ha intentado llevar al cine la novela *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski han constituido un estrepitoso fracaso porque su riqueza de matices, su profundidad y su buen decir no son traducibles a imágenes. Ya dijo también en cierta ocasión García Márquez que ningún cineasta le estropearía *Cien años de soledad*.

La irreductibilidad de géneros queda subrayada igualmente a la inversa cuando se ha querido hacer con cierta fidelidad una novela de una película. Por propia experiencia puedo aportar el ejemplo de *Orfeo Negro*. Así, el que quiera conocer una novela, debe leerla y el que una película, verla.

Existen otros muchos géneros de expresión gráfica que no se prestan a salir del medio impreso. Entre ellos se puede contar aquellos temas que requieren especial movilidad y manuableidad como las diversas guías, planos, etc. Las hojas impresas parecen, igualmente, constituir el mejor acomodo para la historia, la biografía y la geografía, sobre todo con los modernos procedimientos de impresión de moldeado en relieve.

Asimismo, las Bellas Artes reciben en el soporte impreso un medio adecuado de expresión teniendo en cuenta la fidelidad alcanzada en la impresión de la imagen y la calidad superior del color mediante la utilización del *scanner*.

El libro seguirá también constituyendo, sin duda, la base de la enseñanza —la lección—, a pesar del auge alcanzado por otros sistemas, que, en todo caso, resultan complementarios o auxiliares. No es fácil de concebir tampoco la compilación y, sobre todo, la publicación oficial de las leyes en medios electrónicos, no tanto por el sentido tradicional de los organismos competentes, cuanto por la adecuación digna del procedimiento y por prestarse más fácilmente a la manipulación que el impreso.

Sin ampliar demasiado la casuística, cabe resumir que son muchos los campos del saber cuya expresión se acomoda mejor al sistema impreso y que no pocos de ellos jamás podrán ser sustituidos o adaptados a otras tecnologías. De este modo se puede asegurar que la palabra impresa es palabra perenne.

JUAN OLAECHEA LABAYEN